

MANUEL PEREZ VILA

Tema: El Artesanado. La formación de una
clase media propiamente americana.
23 de enero de 1986.

PALABRAS DE GRATITUD, JUJUSTICIA Y HOMENAJE

*Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras y señores:*

Quiere una sana tradición y exige igualmente la buena crianza que quien ocupa esta tribuna en ocasiones como la presente exprese en primer lugar su gratitud a todos y cada uno de los Miembros de Número de la Academia Nacional de la Historia por el honor conferido. Así lo hago llanamente ahora, no sólo por atenerme a una respetable costumbre y a los dictados de la cortesía, sino también, y sobre todo, porque la palabra gracias me sale del corazón. Gracias, señores Académicos, por haberme llamado generosamente a compartir de un modo más estrecho con ustedes las tareas de esta docta Institución desde el sillón que han ilustrado numerarios tan distinguidos como los doctores Teófilo Rodríguez, Juan José Mendoza y Joaquín Gabaldón Márquez, cuyas ejecutorías me servirán de ejemplo y guía. Traigo a la Academia, si no más, mi voluntad de servicio y mi convicción de lo fructífero y necesario que es el trabajo en equipo dentro del ámbito de la Historia y de las Ciencias Sociales, como en otras áreas del conocimiento. Me consta, por haberlo podido comprobar durante años como Miembro Correspondiente, que en la Academia reina ese mismo espíritu de cooperación, de apertura a los nuevos conceptos que van surgiendo en los estudios históricos, mediante el libre intercambio de ideas en el seno de la Institución. Pues el verdadero trabajo en equipo es aquel que, sin negar las necesarias jerarquías, se sustenta en la igualdad de los participantes para expresar y defender sus opiniones, aunque sin perder nunca de vista el objetivo común que se desea alcanzar. En este sentido —y a sabiendas de que la Academia, como institución humana, no escapa de las condiciones inherentes a la humanidad— considero justo destacar este valioso espíritu de equipo, basado en los aportes individuales de muy distinguidos miembros. Una actitud a la cual estimo que deben adscribirse muchos de los logros de la Institución durante las últimas décadas: en materia de publicaciones (tanto cualitativa como cuantitativamente); en la

organización de Congresos, Simposios y conferencias de alta calidad y muy positivos resultados; en la participación en eventos similares realizados en el exterior, y, especialmente, en el papel desempeñado dentro de la sociedad venezolana y ante las altas instancias nacionales a fin de defender un enfoque pluralista y global de la realidad histórica y de promover el estudio serio de esta disciplina en todos los niveles del sistema educativo.

La Academia se encamina así, con firme paso, hacia la celebración de su Centenario, y me siento agradecido por esta honrosa invitación que se me hace para sumar mi aporte a los trabajos en curso y futuros, y sobre todo, a causa de esta ocasión que se me brinda de reiterar públicamente mi reconocimiento a Venezuela, por haberme abierto, no sólo sus puertas físicas, sino también su corazón, al recibirme como a un hijo y darme generosamente la oportunidad de seguir mi vocación de estudioso del pasado, sin trabas ni cortapisas de ningún género. Tuve, es cierto, desde el principio, la suerte de encontrar la guía y el apoyo de notables miembros de esta Corporación, que fueron y siguen siendo para mí "Maestros en Venezolanidad" como —para mencionar sólo varios ya fallecidos— Vicente Lecuna, Cristóbal L. Mendoza, Augusto Mijares, Ramón Díaz Sánchez, Joaquín Gabaldón Márquez.

Este último, el Dr. Joaquín Gabaldón Márquez, a quien deseo referirme más especialmente, reunía en su persona, desde mi punto de vista, esas dos condiciones a las cuales he aludido, la de integrante de equipo y la de Maestro en Venezolanidad. Maestro en un sentido amplio y completo, no sólo por el saber que atesoraba en su mente —el cual era mucho, y muy original— sino por las vivencias de su corazón de hombre bueno, en el mejor sentido de este vocablo, a la manera machadiana. También por sus convicciones, forjadas en sus años mozos, cuando irrumpió en la escena la Generación de 1928, pues Gabaldón no sólo escribió libros de Historia: él la vivió, la hizo. Tales convicciones templadas en la acción, fueron guía y norte de su actividad cívica e intelectual. El sabía mantenerlas sin que para ello le fuera necesario irrespetar las ajenas. Había en su alma una poco común aleación de firmeza y tolerancia, que tal vez recibió en la cuna pero que la vida se encargaría de afinar. A esto se unía una universal curiosidad hacia todo lo que era humano, servida por su sostenida vocación de lector, sus condiciones de observador y una memoria realmente excepcional. Todas estas cualidades, conjugadas por una inteligencia aguda y una imaginación poética, desembocaban en su innata inclinación a compartir sus saberes. Era un auténtico, generoso y socrático educador, un sembrador de cultura. Del ideario bolivariano y de la raíz familiar le venían la actitud ética, la reciedumbre moral. En sus trabajos históricos —sólidamente fundamentados— y

en sus escritos de jurista y de periodista o en su labor de profesor universitario se traslucía siempre su preocupación por entender y destacar la acción del común, la voz del pueblo. Por esto, siento como un homenaje a su memoria el tema que he escogido, y que paso a desarrollar: *“El Artesanado: la formación de una clase media propiamente americana (1500-1800)”*.

* * *

Al lado de los estamentos privilegiados —funcionarios, terratenientes, eclesiásticos, explotadores de minas, comerciantes— la sociedad iberoamericana verá surgir en su seno desde las décadas finales del siglo XVI y fortalecer en los dos siglos siguientes una clase constituida en gran parte por personas de sangre y de cultura mestiza: los artesanos. Sastres, sombrereros, zapateros, tejedores, carpinteros, ebanistas, albañiles, herreros, pintores, cereros, plateros, canteros, escultores, talabarteros, ceramistas, armeros, fabricantes de instrumentos musicales y muchos oficios más. Sus actividades equivalían, durante el período colonial, a las que hoy realiza el sector industrial, pero con varias diferencias; una de éstas, la más importante, es que mientras desde el siglo XIX la industria (en sus diversos avatares: vapor, electricidad, átomos, electrónica) ha ocupado un lugar prominente en la economía, el sector artesanal de la Colonia estuvo siempre por debajo del sector agropecuario y del minero como sostén de la actividad económica. De todos modos, aun sin ser determinante, la producción artesanal era indispensable (por lo menos en algunos de sus aspectos) para el buen funcionamiento de la economía y en especial para el florecimiento de la vida urbana. Socialmente su importancia fue bastante mayor, ya que permitió la aparición de una clase media indiana, por ser una de las principales vías de ascenso económico —y por ende social) — que tuvieron abiertas tanto los amerindios como las "castas" libres: mulatos, mestizos aindiados, morenos, "pardos" en general.

La artesanía a la cual me refiero es la entendida como fabricación o reparación de objetos útiles a la comunidad, tales como vestidos, muebles, armas, vajillas, herramientas, estatuas para el culto.¹ Era una actividad bien extendida entre las civilizaciones indígenas de América precolombina, cuyos miembros, en muchos casos, sabían tejer y teñir sus vestimentas, batir el oro, fabricar cerámica, tallar y grabar la piedra, hacer armaduras de algodón, trabajar artísticamente las plumas, y también edificar grandes templos y construir calzadas.² La ciudad de Chilapa y sus once pueblos, pertenecientes al imperio mexicano, le tributaban a los aztecas, antes de la llegada de los españoles, mantas, ropa de mujer, armas, piedras finas, jícaras, hachuelas de cobre, entre otros objetos.³ Los europeos aportaron nuevos materiales, nuevas técnicas, nuevos instrumentos, y también introdujeron

¹ No con el significado (parecen atribuirle casi exclusivamente a la actualidad) de objetos "curiosos", "bellos" o "folclóricos". Lo cual, por supuesto, no excluía que pudiesen tener valor estético.

² Salas: 1970, p. 50.

³ Suárez Jácome: 1978, pp-6-7.

nuevas necesidades, pero en general su actividad artesanal halló un terreno abonado en las culturas indígenas, sobre todo en las más desarrolladas de Mesoamérica y del espinazo andino. Guatemala-Yucatán, Quito, Cuzco, son buen ejemplo de ello.

Con todo, la artesanía, tal como habría de desarrollarse durante el período colonia. —y hasta bien avanzado el siglo XIX— tuvo su origen en los maestros y operarios españoles y portugueses que pasaron al Nuevo Mundo desde los comienzos mismos de las respectivas colonizaciones.⁴ Es conocido, entre otros, el caso del Maestre Lorenzo, un cantero-escultor español a quien el alguacil de Nueva Cádiz de Cubagua encomendó hacia 1530 la talla de una gárgola para el convento de la isla; no porque en ésta lloviese mucho ni poco, sino porque el poderoso funcionario, enamorado de la casquivana esposa del artesano, quería evitar que éste se marchase con ella a otra parte por falta de trabajo. Esta anécdota un tanto picaresca (no se olvide que el “pícaro” fue realidad en la vida antes de pasar a la literatura) permite documentar la relativamente temprana presencia de un artesano cuya actividad colindaba con lo que hoy se consideraría probablemente “arte”, pues además de la gárgola Lorenzo talló varios escudos.⁵ En todo caso, debe tenerse en cuenta que en la Iberoamérica de entonces los conceptos de artesanía y de arte se hallaban muy imbricados, sobre todo en los campos de la escultura, la pintura, la orfebrería.

Los maestros artesanos peninsulares pasan a todas las regiones de la América española y portuguesa, llevando consigo sus herramientas y sus técnicas, muy similares dentro de cada oficio, independientemente de que el artesano sea nativo de Coimbra, de Sevilla, de Lisboa, de Madrid.⁶ Su acción representa en el ámbito del trabajo un factor de homogeneización similar al que en el de la religión ejercían los sacerdotes. Aunque tienden a concentrarse en las grandes ciudades virreinales o sedes de audiencia, donde vive la mayoría de sus potenciales clientes, los artesanos están presentes en todas las poblaciones y también algunos de ellos —mecánicos, herreros y carpinteros, sobre todo— se establecen en las plantaciones e ingenios azucareros del Brasil o de Cuba alejados de los centros urbanos. En las expediciones que salen de España hacia la región del Río de la Plata, tanto en la de Pedro de Mendoza (1536) como en la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1540), y también en la de Juan Ortiz de Zarate (1567), figuran "oficiales de oficios mecánicos" —sastres, carpinteros, una vez un estatuario y pintor— a quienes la Corona califica de "gente noble, pacífica e

⁴ Debe recordarse que en los inicios de la colonización del Nuevo Mundo por las dos naciones de la Península Ibérica hay un notable desfase cronológico, pues el asentamiento de los portugueses en Brasil tomó impulso sólo 40 años después de haberse producido el de los españoles en las Antillas. (Cortesao-Calmón: 1956, p. 299 sgs).

⁵ Boulton: 1969, pp. 15-17.

⁶ Zavala: 1967, I, p. 244; Salas: 1970, pp. 18-19, 50-51.

industriosa".⁷ Por supuesto, la palabra "noble", en este contexto, significa *decente y honrada*, no gente provista de títulos de nobleza. Eran, además, personas de alguna instrucción, como lo demuestra el hecho de que en Lima, hacia 1560, buena parte de los maestros y oficiales artesanos sabían leer y escribir.⁸ Está igualmente documentada la llegada al Brasil, desde mediados del siglo XVI, de mecánicos (para los ingenios) sastres, carpinteros, herreros, toneleros y albañiles. Pero hubo allá, al parecer, una gran inestabilidad profesional, que conducía a impuntualidad en las entregas y a la elaboración de productos de inferior calidad;⁹ sin embargo, esto no impedía que durante el período de la unión de las Coronas de España y Portugal muebles fabricados en el Brasil fueran exportados al Río de la Plata español.

A mediados del siglo XVI prácticamente todos los talleres o tiendas de artesanos de la América hispana estaban en manos de maestros españoles o de sus descendientes criollos. Los indios, negros esclavos o mulatos libres sólo tenían cabida —cuando la tenían— como auxiliares encargados de los trabajos manuales más pesados (manejar el fuelle de la herrería, por ejemplo), pero no como oficiales o aprendices que con el tiempo podrían llegar a ser maestros.¹⁰ Los artesanos, siguiendo una tradición medieval europea que había perdurado en España, crearon en el Nuevo Mundo gremios que agrupaban a quienes ejercían determinado oficio en una población. Las ordenanzas de los gremios principales eran elaboradas por el Cabildo municipal y debían ser aprobadas por las autoridades reales, el Virrey en México o Lima, por ejemplo. Las ordenanzas cumplían diversas funciones. Por una parte, estipulaban las obligaciones del artesano hacia su cliente, a fin de que éste pudiera quedar satisfecho; era como un sistema de protección al consumidor. Por otra parte, establecían una especie de monopolio en el ejercicio del oficio a favor de los artesanos agremiados (y de sus descendientes a los cuales podían transmitir su negocio), al fijar normas que hacían difícil - aunque no imposible - incorporarse al gremio, y prohibir al mismo tiempo que gente no agremiada ejerciese el oficio. También determinaban las ordenanzas un riguroso escalafón que mediante sucesivos exámenes le permitía a un candidato aceptable entrar como aprendiz en un taller y luego —si progresaba satisfactoriamente— al cabo de bastantes años llegar a ser oficial; y mucho después, si tenía suerte, acceder al nivel de maestro y como tal suceder a su patrón al frente del negocio (casándose a veces con la viuda o una hija), o instalar su propio taller si había ahorrado

⁷ Furlong: 1978, pp. 22-23.

⁸ Mörner: 1980, p. 62.

⁹ Zavala: 1967, I, p. 366.

¹⁰ Mörner: 1980, p. 28.

suficientemente para ello.¹¹ Otra notable faceta de las ordenanzas estaba relacionada con la defensa del *status* social del oficio. Así lo señala el historiador alemán Richard Konetzke: "Cuanto mayores eran la importancia y la confianza al servicio del bien público que un gremio podía hacer valer, tanto mayor era su demanda de estimación social. Tanto más rigurosa, asimismo -prosigue Konetzke— la negativa a que la población de color se equiparara a los españoles dentro de esos organismos".¹²

Porque una de las principales preocupaciones de los artesanos blancos agremiados (ya fuesen peninsulares o criollos) fue impedir a los miembros no-blancos de la sociedad —desde los indios hasta los negros esclavos— el ejercicio de los oficios artesanales, no sólo como maestros y oficiales sino ni siquiera como aprendices. En ciudad de México, los orfebres y plateros (cuyo gremio era el más importante, como dedicado a ejercer el "Noble Arte de la Platería") exigieron que al examen de maestría no se admitiese a nadie que no fuera "español por los cuatro costados".¹³ Las ordenanzas de pintores y doradores de la misma ciudad, formadas en 1557, establecían que ningún pintor podía recibir a un aprendiz que no fuese español (lo cual, en el lenguaje de la época, significaba o español peninsular o criollo blanco o tenido por tal) y se fijaba una multa de 50 pesos para quien contraviniese esa disposición.¹⁴ En la misma población, las ordenanzas de hiladores de seda, dictadas en 1570, eran algo menos discriminatorias, ya que por ser el suyo un "oficio de confianza" —según decían— prohibían admitir o examinar como aprendices a negros o mulatos;¹⁵ pero nada decían respecto a indios o mestizos, lo cual hace suponer que a éstos no les era vedado el acceso a por lo menos los escalones inferiores de esa actividad. En cambio, los cereros mexicanos eran más cerrados en su gremio, pues hacia esas mismas fechas, junto con los negros y mulatos excluían a los mestizos. En 1561, siempre en la ciudad de México, una resolución relativa al gremio de sombrereros —publicada, como las antes mencionadas, por Konetzke— decía así en uno de sus artículos:

... Somos informados que muchos negros quisieren usar y usan el dicho oficio [de sombrerero] diciendo saberlo y quieren poner tienda pública dello... lo cual es en perjuicio de esta república [o sea, comunidad, ciudad] por los inconvenientes que pueda haber de semejantes personas, mandamos que ningún negro esclavo ni libre no pueda tener tienda del dicho oficio de sombrereros ni lo usar si no fuere con maestro español examinado y trabajando por obrero, so pena de... diez pesos [de multa], demás que le sea quitada la tienda y no pueda usar más dicho oficio".¹⁶

¹¹ Samayoa Guevara: 1961, pp. 201-202; Samayoa Guevara: 1962, pp. 109-140.

¹² Konetzke: 1981, p. 303.

¹³ Konetzke: 1981, p. 302.

¹⁴ Ordenanzas del Gremio de Doradores y Pintores de México, 1557. En Konetzke: 1953, I, p. 361.

¹⁵ Ordenanzas de Hiladores de Seda de México, 1570. En Konetzke: 1953, I, p. 455.

¹⁶ Konetzke: 1953, I, pp. 391-392.

En este último caso, la oposición al ingreso de las "castas" a la artesanía agremiada había cedido bastante, pues se aceptaba ya la presencia de negros esclavos o libres en los talleres, aunque sólo trabajando como obreros (o sea "oficiales") y sin poder alcanzar todavía la categoría de maestros ni abrir tienda propia. Es de suponer que si se admitía a negros esclavos y libres, menor sería la oposición a los indios, mulatos, mestizos y otras castas. Los curtidores y "zurradores" de cuero y badana eran todavía más "liberales",¹⁷ pues debido a que pocas personas se sentían atraídas por un trabajo sucio y duro con materias malolientes, recibían en su gremio —reconociendo explícitamente esta realidad— a indios y a negros, aunque sometiéndolos a exámenes muy severos; pero los que tenían éxito eran miembros del gremio y como tales podían llegar eventualmente a maestros. Sin embargo, todavía en 1681 las ordenanzas de Alfareros de ciudad de México admitían a blancos y mestizos, pero seguían excluyendo a negros y mulatos.¹⁸ En resumen, el acceso a determinado gremio de los miembros de las etnias y clases sociales sometidas dependía en gran parte —independientemente de la presión que ellos pudiesen ejercer— del tipo de trabajo (no era lo mismo ser orfebre que tintorero), de cuan lucrativo fuese éste para el blanco en comparación con otras actividades posibles (agricultura, minería, transporte, comercio) y también, sobre todo, de la creciente repugnancia que europeos y criollos sentían hacia el trabajo manual, cada vez más visto por ellos como algo "vil".¹⁹

Debe decirse que si bien en las ordenanzas de algunos gremios se menciona a los indios para aceptarlos o para excluirlos, en las regiones donde ellos eran muy numerosos siguieron ejerciendo sus artesanías tradicionales, o nuevas, utilizando en ciertos casos las mejoras introducidas por los europeos. Unas veces se incorporaban a algún gremio y otras quedaban al margen de ellos. Un caso especial es el de las misiones del Paraguay, donde los guaraníes, dirigidos por sus maestros jesuitas —españoles, alemanes, checos, etc.— fabricaban tejidos y vestimentas, hacían muebles y retablos, pintaban cuadros religiosos, fundían campanas, construían órganos y otros instrumentos musicales e inclusive relojes de pared o de bolsillo, desde mediados del siglo XVII.²⁰ Un sacerdote catalán, de la orden de los Carmelitas Descalzos, fray Isidoro de la Asunción, que visitó la Nueva España en los años 1670, se hacía lenguas de la habilidad laboral de los aborígenes: "ellos —escribía— hacen todos los oficios, así mecánicos como del campo y son excelentes escultores y hacen delicadísimos

¹⁷ Konetzke: 1981, p. 303.

¹⁸ Mörner: 1980, p. 18.

¹⁹ Rosal: 1982, p. 335.

²⁰ Furlong: 1978, p. 29.

relieves y primorosísimas imágenes".²¹ La ciudad de Quito y su región son un buen ejemplo de la interrelación de artesanía y arte a la cual antes nos hemos referido, con notable participación de la masa aborígen, pero también del elemento europeo y criollo. Desde el punto de vista cultural, Quito fue una de las poblaciones más importantes del Imperio transoceánico hispano. En su estudio "Urbanización en América Hispánica entre 1580 y 1630", Hardoy-Aranovich nos hablan de las canteras del Pichincha, las caleras de Calicali, los extensos bosques de cedro, que proporcionaban excelentes materiales para la arquitectura.²² Al lado de fray Pedro Bedón, precursor de la pintura mural, y de artistas procedentes de Italia como Angélico Medoro y de España como Luis de Rivera,²³ participan en los trabajos de artesanía artística indígenas cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Los aborígenes eran "dóciles y hábiles": es decir tenían vocación para aprender y capacidad para ejecutar. En efecto, cuando se les dejaba, los amerindios sabían asimilar el patrimonio técnico artesanal europeo, al cual unían "sus propios gustos y habilidades".²⁴ La escuela de pintura y escultura de Quito, la más importante de Suramérica desde el siglo XVII —aunque Cuzco competía bien con ella— vio florecer a mediados de dicho siglo al artista criollo, quiteño, Miguel de Santiago.²⁵ El principal impulso proviene, como en todas partes, de la Iglesia Católica, tanto a través de la jerarquía eclesiástica y del clero secular como de los franciscanos, jesuitas, dominicos y otras órdenes. La Iglesia encomienda trabajos a los artesanos agremiados, en unos casos, y en otros apela a la habilidad de los indígenas²⁶ o de personas que ejercen actividades artesanales al margen de los gremios.

Sucede, en efecto, que los gremios de artesanos son fuertes en las ciudades más importantes —México, Lima, Bogotá, Guatemala, por ejemplo— donde el control de los mismos está firmemente asegurado en manos de españoles o criollos durante el siglo XVI y por lo menos buena parte del XVII. Como se ha visto, valiéndose de diversos argumentos (uno de ellos, tal vez el más repetido, era la poca "confianza" que el cliente podría tener en un artesano negro, mulato o mestizo, debido a su escasa "seriedad") los blancos se esforzaron en impedir la entrada de las "castas" en los gremios o, cuando ello no era posible del todo debido a la presión de la coyuntura económico-social, por lo menos trataron de bloquear su ascenso a la categoría de

²¹ Isidoro de la Asunción: 1978, p. 219. Su "Itinerario a Indias" fue redactado de 1673 a 1679, o algo después de ese último año. Fray Isidoro fue Visitador de los Conventos de Carmelitas Descalzos de la Nueva España.

²² Hardoy-Aranovich: 1969, pp. 49-50.

²³ Vargas: 1965, pp. 45-63.

²⁴ Zavala: 1967, I, p. 244.

²⁵ Vargas: 1965, pp. 162-181.

²⁶ Zavala: 1967, I, p. 526.

maestro. Querían, por una parte, evitar la competencia de gente que en su momento podían establecer por su cuenta —el caso de los sombrereros— y tal vez trabajar más barato; pero también existía el temor de que la presencia de dicha gente desacreditase "socialmente" al gremio. Es cierto que también los maestros de ciertos gremios intentaban mantenerlos con frecuencia como un coto cerrado a fin de perpetuar sus privilegios, y para ello ponían inconvenientes a los aprendices u oficiales blancos que deseaban ascender en el escalafón; pero las barreras que éstos tenían que vencer eran de carácter técnico-profesional y por lo tanto salvables para los más competentes, mientras que las "castas", además de esta misma barrera tenían ante sí otra mucho más formidable, como era la del origen étnico. Por esto uno de los más profundos estudiosos de la Sociedad Colonial, el historiador sueco Magnus Mörner, ha podido escribir que ciertas formas de discriminación contra las capas inferiores de la "sociedad de castas" iban más allá de la letra de las leyes generales en instituciones como la Iglesia, las universidades y los gremios.²⁷

En América Central y especialmente en la región donde había predominado la cultura maya-quiché, los gremios de artesanos tuvieron un auge extraordinario, tanto en la ciudad de Santiago de Guatemala como en Ciudad Real de Chiapas, en San Salvador y en Quezaltenango. Sólo en la primera de esas poblaciones se fueron fundando desde 1521 hasta fines del siglo XVIII numerosos organismos de este tipo, correspondientes a los escultores, los pintores, los músicos, doradores, plateros, batihojas, carpinteros, herreros, alhamíes, canteros, sastres, herradores, albéitares, silleros, confiteros, cereros, espaderos, armeros, tejeros, relojeros, bordadores, pasteleros, calceteros, impresores, curtidores, ladrilleros, y veinte especialidades más. Con razón llama el historiador Samayoa Guevara a Santiago de Guatemala un "emporio gremial". Entre tanto en muchos lugares de la región centroamericana, los indígenas continuaban practicando sus actividades típicas artesanales, aunque "no llegaron a organizarse en gremios".²⁸

En otras regiones de América, tanto la española como la portuguesa, en las cuales la densidad demográfica y el peso específico de las urbes eran mucho menores que en las antes mencionadas, la institución gremial no arraigó desde el principio, aunque sí hubo, por supuesto, artesanos. Tal es el caso de las provincias de Venezuela. Durante mucho tiempo los artesanos de cada oficio no son numerosos, lo mismo en Caracas que en Coro, Mérida,

²⁷ Mörner: 1980, pp. 17-18.

²⁸ Samayoa Guevara: 1961, pp. 195-198.

Maracaibo o Cumaná, lo cual no favorece la formación de los respectivos gremios. Hallamos incluso casos de artesanos ambulantes, como el pintor y escultor Juan Agustín Riera, quien llega a Coro hacia 1609, y allí recibe del Cabildo Eclesiástico el encargo de hacer, para la Catedral, un monumento "de lienzo de algodón cubierto de yeso pintado de blanco y negro con todos los pasos de la Pasión", por lo cual se le pagaron 70 pesos, la mitad en oro o en moneda de plata, y el resto en lienzo, además de proporcionársele un negro que le sirviese de ayudante. Riera se avecindó en Coro, ciudad de la cual llegó a ser alcalde unos años más tarde.²⁹ La ausencia de gremios, y por consiguiente de ordenanzas que fijasen limitaciones, favoreció en estas regiones el ingreso de miembros de las "castas" a los talleres artesanales como aprendices u obreros, algunos de los cuales, con el tiempo, podrían llegar a maestros y a establecerse por su cuenta. Entre los varios casos conocidos está el de la mulata Violante de Guevara, que en 1596 concertó en Caracas un trato con el sastre Alonso de Jironda a fin de que éste recibiese en su taller como aprendiz a un hijo de aquélla de nombre Francisco, "menor de 14 años y mayor de 10".³⁰ El año siguiente, mediante otro contrato, el herrero Juan Muñoz y el Capitán Garcigonzález de Silva convienen en que el primero le enseñará el oficio de herrero a un negro esclavo del segundo en el transcurso de un año.³¹ Dos décadas antes, en la ciudad serrana de Mérida (entre muchos otros ejemplos que se podrían citar) el carpintero Cristóbal Pérez se comprometía a enseñarle a "Marcos, indio ladino y cristiano del servicio de Juan Aguado", el oficio de carpintero durante dos años y medio, de modo que Marcos supiese "hacer una puerta y una mesa y una silla y armar una casa y un arado, yugo, batea y una cama llana y un telar...".³² Este proceso continuó durante gran parte del período colonial, pues en la ciudad de Caracas, la más importante de las provincias venezolanas, los primeros gremios (que nunca fueron ni numerosos ni poderosos, en todo caso), sólo empezaron a establecerse en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando ya la actividad artesanal estaba firmemente penetrada por los "pardos".³³ Algo muy similar ocurrió en Buenos Aires, donde el gremio más antiguo —el de zapateros, formado por pardos— no será creado sino ya bien avanzado el siglo XVIII.³⁴

²⁹ Boulton: 1964, pp. 27-28.

³⁰ Testimonios: 1972, pp. 11-12.

³¹ Pinto: 1966, pp. 85-86.

³² Millares Carlo: 1966, p. 31. El contrato es del 18 de diciembre de 1579.

³³ Duarte: 1970, pp. 41-42.

³⁴ Rosal: 1982, p. 339.

Tampoco en el Brasil, hasta donde se sabe, existieron gremios artesanales. "Llegaron artesanos de varios oficios —escribe el maestro Buarque de Holanda—, mas no se produjo la organización formal de los gremios".³⁵ Estos, en el Brasil —y también en Caracas, Buenos Aires y otras poblaciones del Imperio Español— fueron hasta cierto punto sustituidos por las cofradías, organizaciones religiosas, caritativas y de mutua ayuda en casos de enfermedad y muerte.³⁶ Alrededor del culto de un santo o santa, a una advocación de la Virgen o a alguna de las Tres Divinas Personas, vinculado a determinado templo o capilla, la cofradía solía agrupar a gente de una misma clase o etnia. Las había "aristocráticas" (como la del Santísimo Sacramento en el Brasil, por ejemplo);³⁷ de "blancos de orilla" (aunque por supuesto no se llamaban así), de "mulatos", de "indios", de "negros esclavos", etc. No eran organizaciones de carácter laboral, ni tampoco las había de albañiles, de sastres, de orfebres, de herreros, etc.; pero en la práctica un alto porcentaje de personas que ejercían esas y otras profesiones artesanales pertenecían a ciertas cofradías de blancos, de mulatos o de pardos. Ser miembro de una cofradía —incluso en los lugares donde existían también gremios— confería *status* social, además del religioso.³⁸ En muchos lugares de la América hispana, de un modo muy especial en los pueblos de la Mesoamérica indígena, ser el "capataz" o el dispensador que pagaba los gastos de la fiesta anual en honor del santo patrono celestial era considerado una gran distinción social, así ésta resultase a veces sumamente onerosa para sus recursos. Las danzas que los integrantes de cofradías ejecutaban en el altozano de las iglesias (mulatos en Brasil, indios en Yucatán, negros en Venezuela...), contenían elementos culturales africanos o indígenas encuadrados en los ritos de la religión católica. En el Brasil se crean cofradías de negros libres formados en parte por artesanos, cuyos miembros se consideran espiritualmente como hermanos y se dan mutuamente el nombre de *malungos*. En sus fiestas, donde se manifiesta el sincretismo religioso cristiano-animista, reina la alegría desbordante que en nuestra época caracteriza el carnaval carioca: son el *candomblé* de Bahía, el *changó* de Recife, la *macumba* de Río...³⁹

Tanto en las poblaciones donde existen gremios y cofradías como en aquellas donde unos u otras faltan, el proceso de transferencia de las actividades artesanales desde el predominio absoluto del elemento blanco hasta una sustancial participación de las etnias no-blancas avanza

³⁵ Holanda: 1948, p. 30; Zavala: 1967, I, p. 540.

³⁶ Zavala: 1967, I, pp. 358, 474; Samayoa Guevara: 1962, pp. 193-204.

³⁷ Zavala: 1967, I, p. 477.

³⁸ Mörner: 1980, p. 22; Depons: 1960, p. 234.

³⁹ Zavala: 1967, I, pp. 169, 171.

durante la segunda mitad del siglo XVII y se acentúa al terminar éste y en las primeras décadas del XVIII. La transferencia, por supuesto, nunca será total, pues en ciertos gremios privilegiados como los plateros los blancos criollos seguirán manteniendo la primacía aunque haya pardos entre ellos. El caso de la ciudad de Buenos Aires es bastante ilustrativo al respecto. Ya hemos visto que a lo largo del siglo XVI llegan a ella artesanos españoles, a quienes la Corona — como se ha dicho— considera "gente noble, pacífica e industriosa". Pero a los hijos y nietos de esa gente, la "nobleza" (que consistía en el trabajo bien hecho) se les sube a la cabeza y acaban por repudiar los llamados "oficios mecánicos" (es decir, artesanales) que tienen por "viles". Es éste un fenómeno que no sólo se produce en el Río de la Plata, sino también en muchos otros lugares de Hispanoamérica y que empieza a cristalizar alrededor de 1650.⁴⁰ Otro tanto ocurre en el Brasil colonial, donde existe prevención contra los oficios mecánicos y el trabajo manual. Españoles y portugueses recién llegados a tierras americanas hacia esa época, así como sus descendientes nacidos en el Nuevo Mundo que por entonces ingresan al mercado del trabajo, se alejan frecuentemente de la actividad artesanal (aunque aquéllos la hubiesen ejercido ya en Europa) y se orientan hacia otras áreas de la economía, entre ellas el comercio. Esta mentalidad, que por supuesto no era; únicamente la de los artesanos, está bien reflejada en lo que decía en el Perú un funcionario: si en España no está bien visto que un "hombre honrado" sea mercader, en el Perú desde el Virrey hasta el más pobre oficial todos lo son... "y el que no lo es, no es nadie".⁴¹ Por "hombre honrado" se entendía una persona respetable, lo cual equivalía en América a "blanco". En la Venezuela de mediados del siglo XVIII se produce un caso muy característico: el taller de imprenta de los Riesgo y Montero, que en San Sebastián (España) realizaba trabajos para la Compañía Guipuzcoana, envió a un miembro de la familia a Caracas para estudiar la posibilidad de establecer una imprenta en esta ciudad, donde no había ninguna; pero el recién llegado impresor prefirió dedicarse a la compra-venta de cacao.⁴² Entre tanto, y cada vez con mayor empeño, los más ambiciosos entre los jóvenes mestizos, mulatos, negros libres y pardos en general, se habían esforzado por lograr contratos de aprendizaje con algún maestro artesano o entrar en un taller como ayudantes. En las ocupaciones más duras o desagradables el cambio se produjo primero: en época bastante temprana existían maestros mulatos en los gremios de carpinteros

⁴⁰ Rosal: 1982, pp. 334-335; Furlong: 1978, p. 28.

⁴¹ Mörner: 1980, p. 15.

⁴² Amézaga: 1966.

y albañiles de Lima.⁴³ Los trabajos artesanales que los blancos desdeñaban o rehuían eran para las castas uno de los medios de ascenso social más codiciados. No eran muchos, en realidad: el transporte (arrieros, patrones de lanchas), el pequeño comercio (venteros, pulperos), la artesanía. Dentro de ésta estaban incluidas actividades de orden artístico, tales como la pintura y la escultura. También la música fue en muchos lugares de América una vía de ascenso para indios, mestizos, mulatos y pardos, como compositores algunas veces, y como ejecutantes otras.

Hacia 1725, en Buenos Aires, el proceso de transferencia parcial del artesanado que se había iniciado tres cuartos de siglo antes estaba ya bien adelantado: los maestros españoles y criollos sólo querían mandar, pero ya no ponían "manos a la obra" ellos mismos.⁴⁴ A mediados del XVIII, más del 60% de los artesanos de aquella ciudad pertenecían a las castas o eran esclavos; sin embargo, entre los maestros que estaban a la cabeza de la jerarquía artesanal predominaban aún los blancos, españoles peninsulares y, sobre todo, criollos.⁴⁵ El proceso fue acentuándose, aunque ya más lentamente, pues en 1810 todavía el 19% de los artesanos de Buenos Aires eran peninsulares.⁴⁶ En Caracas, en cambio, la transferencia fue mucho más radical. Un viajero francés, Francisco Depons, que la visitó a comienzos del XIX, afirmaba que ningún blanco se dedicaba entonces a oficios o artes mecánicas, y agregaba: "...los carpinteros, ebanistas, albañiles, herreros, tallistas, cerrajeros, orfebres, son manumisos o descendientes de manumisos".⁴⁷ Además, los más acomodados de estos pardos libres tenían en sus talleres artesanales esclavos que trabajaban para ellos. El ciclo, por lo menos en Caracas, se había cumplido. Y si se tiene en cuenta que la familia extendida, y no el individuo, era entonces en América la célula primaria de la sociedad, este proceso adquiere sus verdaderas proporciones: con el individuo asciende su familia, que solía ser numerosa. La vertiente familiar le da, además, otro matiz importante, pues muchas veces el joven aprendiz negro o mulato sólo lograría llegar a oficial, pero su hijo tal vez sería maestro y su nieto tendría la posibilidad de abrir un taller propio. Se trata de una marcha de varias generaciones y no, salvo excepciones, de un ascenso personal rápido.

⁴³ Mörner: 1980, p. 18.

⁴⁴ Furlong: 1978, p. 28.

⁴⁵ Rosal: 1982, p. 346.

⁴⁶ Mörner: 1980, p. 98, nota 9.

⁴⁷ Depons: 1960, II, p. 233. La obra original de Depons, en francés, fue publicada por primera vez en París en 1806, en tres tomos, Depons residió en Venezuela desde marzo de 1801 hasta junio de 1804.

Durante el siglo XVI, además de pasar a América artesanos europeos, también llegaban a ella productos elaborados por artífices de la península. Hacia 1513, el dominico fray Pedro de Córdoba, compañero del padre Las Casas, trajo consigo desde España a las Antillas y luego, posiblemente, a Tierra Firme en la región de Cumaná, imágenes religiosas "de bulto" —es decir, esculturas— hechas por dos artesanos-artistas⁴⁸ cordobeses que trabajaban en Sevilla: Jorge Fernández, tallador, y Alejo Fernández, pintor.⁴⁹

Los ricos-hombres españoles que dirigían la pesca de perlas en la isla de Cubagua tenían en sus mansiones de la Nueva Cádiz, hacia la década de 1520, tapices, "reposteros de armas", y retablos de la Virgen, además de instrumentos de música —vihuelas—, traídos estos últimos de Italia.⁵⁰ En 1592 el Cabildo Municipal de Caracas decidió pedir a España un vitral con la imagen de Santiago Matamoros para la iglesia parroquial de la ciudad.⁵¹ En 1600, el Rey Felipe III disponía que se hiciesen cinco retablos para otros tantos conventos franciscanos de América, los cuales fueron ejecutados por el "escultor y arquitecto" Juan Martínez Montañés.⁵² Pero a partir del siglo XVII las producciones de los artesanos del Nuevo Mundo llegan con frecuencia a España, en especial la platería mexicana, como lo destaca el Marqués de Lozoya en su ya clásica *Historia del Arte Hispánico*.⁵³ No sólo iban a las grandes poblaciones, sino a pueblos como Chillón, en la Provincia de Ciudad Real, cuya iglesia recibió en donativo varias piezas de orfebrería hechas en México hacia 1690, que se llevó de regreso un Oidor de la Real Audiencia de México nativo de aquel pueblo español.⁵⁴ Un caso especial que relaciona a la artesanía china con el Nuevo Mundo, es el de la reja del coro de la catedral de México, que fue trabajada en Macao (colonia portuguesa en la costa de China) por el artífice Kiau-Lo.⁵⁵ De todos modos, los ejemplos que se acaban de mencionar eran excepciones, pues aunque se trataba de objetos elaborados con técnicas artesanales y por gentes que se llamaban a sí mismos "artesanos", no dejaban de tener una fuerte relación con las obras de arte. Los productos artesanales más comunes (muebles, vestidos, velas, sillas, zapatos, sillas de montar, etc.),

⁴⁸ Durante gran parte del período colonial y hasta mediados del siglo XIX en varios lugares de la América Hispana se denominaba también "artistas" a los artesanos, sin establecer diferencia entre ambos términos. Ver, por ejemplo, Arcila: 1977, p. 26.

⁴⁹ Boulton: 1964, pp. 39-40

⁵⁰ Otte: 1977, pp. 388-390

⁵¹ Martínez Mendoza: 1965, pp. 128-129.

⁵² Gómez Canedo: 1977, p. 261.

⁵³ Lozoya: 1945, IV, p. 588. Citado por Ortiz: 1978, p. 74.

⁵⁴ Ortiz: 1978, pp. 73-80.

⁵⁵ Zavala: 1967, I, p. 205.

eran consumidos en su casi totalidad en la ciudad o a lo sumo en la región de origen. Algunos objetos de uso menos corriente, como los instrumentos de música, sí eran exportados a veces de una a otra región: a Venezuela llegaban violines fabricados en la Nueva España. También biombos, de igual procedencia.⁵⁶

Mientras que la artesanía tuvo un amplio desarrollo en la Iberoamérica de los siglos XVI y XVII, la industria fue casi inexistente, a menos que consideremos como tal a la minería (industria extractiva) y al proceso del tratamiento de la plata. La actividad que más se acercaba al concepto de industria —aunque con un fuerte componente artesanal— eran los obrajes de Nueva España, Perú, Quito, Tucumán, donde se fabricaban y teñían tejidos.⁵⁷ Otra actividad muy relacionada con ésta, era la fabricación de alfombras, en las mismas regiones y también en Mérida, en los Andes Venezolanos, con ricos diseños artísticos, como lo ha demostrado el historiador Carlos F. Duarte.⁵⁸ Tanto los tejidos de los obrajes como las alfombras eran exportados desde algunas de las zonas productoras a otros lugares de América. Había también, especialmente en el Brasil y las Antillas, trapiches o ingenios de moler caña, y molinos de viento en regiones trigueras: México, Buenos Aires, y Caracas por algún tiempo. También, en muchas partes, norias para extraer el agua de los pozos. Se utilizaba la fuerza del viento, la del agua, animal y la humana.⁵⁹

Cuando el siglo XVIII tocaba a su fin, el artesanado en América Hispana representaba, por su número, una fuerza notable, por lo menos en las principales ciudades. En la capital del Virreinato de la Nueva España, según el censo levantado por orden del Virrey Revillagigedo en 1790, los artesanos (con 8.157 individuos) eran el segundo grupo laboral, seguido de cerca por los jornaleros (7.430 individuos) y luego por los fabricantes (1.474) y los comerciantes (1.384). Sólo les superaban en número los indios tributarios, que eran 9.086. Los artesanos venían así a constituir más del 25% del total de la fuerza laboral de Ciudad de México, en aquella fecha.⁶⁰

Por supuesto, el número de las personas que ejercen una actividad económica no guarda una

⁵⁶ Arcila: 1950, p. 103; Duarte: 1977, p. 316 y sigs.

⁵⁷ Konetzke: 1981, pp. 303-304; Zavala: 1967, I, p. 244.

⁵⁸ Duarte: 1979, p. 27 y sigs.

⁵⁹ Zavala: 1967, I, p. 244.

⁶⁰ González-Polo: 1983. El “Compendio de providencias de policía de México” del Virrey Conde de Revillagigedo corresponde a los años 1793-94. En él está incluido un cuadro estadístico titulado “Estado general de la población de México, capital de Nueva España... Año de 1790”, del cual se han extractado los datos cuantitativos que presentamos. Véase también: Mörner: 1980, p. 89, donde se reproduce dicho “Estado”.

relación directa con los ingresos de cada una. Más bien suele ocurrir al revés: a mayor número, menor ingreso per cápita. Es un hecho que los artesanos, aun los más acomodados, estaban debajo del nivel de ingresos de los grandes terratenientes, los mineros, los dueños de obrajes, los comerciantes mayoristas.⁶¹ Pero más que su poder económico era significativa su situación social, como una clase media urbana surgida en América y formada en buena parte por familias de origen étnico mezclado, con fuerte proporción de elementos africanos y amerindios: los que hacia el fin del proceso, eran generalmente denominados "pardos" en Venezuela y el Río de la Plata, y castas en otras regiones. Tanto desde el punto de vista de la técnica laboral como desde el del cambio social, el proceso de miscegenación y de transculturación es mucho más profundo y homogéneo en el artesanado que en otras actividades económico-sociales. Este proceso representa un comienzo de evolución de la sociedad iberoamericana desde el sistema de castas al de clases sociales, evolución que estaba en desarrollo cuando se produjo la crisis de los Imperios español y portugués.

El estudio de lo que le ocurrió al artesanado latinoamericano durante el proceso de ruptura del orden colonial, y luego en su lucha contra la penetración en el mercado de productos manufacturados procedentes de los países del Occidente europeo y de los Estados Unidos, para enfrentar finalmente el reto de la protoindustrialización latinoamericana que los proletarizaría, es un tema del mayor interés, pero que excede los alcances del presente trabajo. Mi objetivo ha sido, simplemente, plantear la presencia del artesanado como una clase media emergente propiamente americana que empezaba a alcanzar su madurez a comienzos del siglo XIX.

⁶¹ Mörner: 1980, pp. 43-44; Depons, 1960, p. 234.

BIBLIOGRAFIA

Amézaga: 1966

Amézaga, Vicente de, "Un impresor guipuzcoano en la Venezuela colonial", en *El Farol*, n° 216, Caracas, enero-marzo de 1966, pp. 16-19.

Arcila: 1950

Arcila Parías, Eduardo, *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII*. Fondo de Cultura Económica, México, 1950.

Arcila: 1977

Arcila Parías, Eduardo, *Historia de un monopolio. El estanco del tabaco en Venezuela, 1799-1833*. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, U.C.V., Caracas, 1977.

Arday-Aranovich: 1969

Arday, Jorge Enrique y Carmen Aranovich, "Urbanización en América Hispánica entre 1580 y 1630", en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, U.C.V., n° 11, Caracas, mayo de 1969, pp. 9-89.

Boulton: 1964

Boulton, Alfredo, *Historia de la Pintura en Venezuela*. Tomo I. Época Colonial, Caracas, 1964.

Cortésao-Calmón: 1956

Cortésao, Jaime, y Pedro Calmón: *Brasil*. Historia de América y de los Pueblos Americanos, dirigida por Antonio Ballesteros y Beretta. Salvat Editores, Barcelona, 1956.

Depons: 1960

Depons, Francisco, *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Traducción de Enrique Planchart. Estudio Preliminar de Pedro Grases. Edición del Banco Central de Venezuela, Caracas, 1960. 2 vols.

Duarte: 1970

Duarte, Carlos F., *Historia de la orfebrería en Venezuela*. Caracas, 1970

Duarte: 1977

Duarte, Carlos F., "Los biombos en la Caracas hispana", en *Boletín Histórico*, Fundación John Boulton, n° 45, Caracas, septiembre de 1977.

Duarte: 1979

Duarte, Carlos F., *Historia de la alfombra en Venezuela*, Caracas, 1979.

Furlong: 1978

Furlong, Guillermo, S. J., *Las industrias en el Río de la Plata desde la colonización hasta 1788*. Buenos Aires, 1978.

Gómez Canedo: 1977

Gómez Cañedo, Lino (fray), "De mi fichero: nuevos datos para la Historia del Arte en Venezuela", en *Boletín Histórico*, Fundación John Boulton, n° 44, Caracas, mayo de 1977, pp. 257-263.

González-Polo: 1983

González-Polo, Ignacio, *Compendio de providencias de policía de México del Segundo Conde de Revillagigedo*. Versión paleográfica, introducción y notas por ----- . Suplemento al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas n° 14-15. UNAM, México, 1983.

Holanda: 1948

Holanda, Sergio Buarque de, *Raizes do Brasil*, Colección de Documentos Brasileiros, dirigida por Gilberto Freyre. Río de Janeiro, 1948 (2ª edición).

Isidoro de la Asunción: 1978

Isidoro de la Asunción (fray), *Itinerario a Indias (1673-1679)*, editado por María Josefa Arnall Juan, en *Boletín Americanista*, XX: 28, Barcelona, 1978, pp. 197-252.

Konetzke: 1953

Konetzke, Richard, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica (1493-1810)*, Madrid, 1953, (Vol. I).

Konetzke: 1981

Konetzke, Richard, *América Latina. II. La época colonial*. Historia Universal, Siglo XXI, volumen 22 (11 edición castellana), México, 1981.

Lozoya: 1945

Lózoya, Marqués de, *Historia del Arte Hispánico*, Barcelona, **1945**. (Tomo IV).

Martínez Mendoza: 1965

Martínez Mendoza, Jerónimo, *Venezuela Colonial*. Investigaciones y noticias para el conocimiento de su historia, Caracas, 1965.

Millares Carlo: 1966

Millares Carlo, Agustín, *Protocolos del siglo XVI*. Archivos de los Registros Principales de Mérida y Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de W Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, n° 80, Caracas, 1966

Mörner: 1980

Mörner, Magnus, *Estratificación social hispanoamericana durante el período Colonial*. Institute of Latin American Studies, Estocolmo, noviembre, 1980. (Research Paper Series, n° 28). Mimeografiado.

Ortiz: 1978

Ortiz Juárez, Dionisio, "Orfebrería mexicana en España. Las piezas de Chillón", en *Boletín Histórico*, Fundación John Boulton, n° 46, Caracas, enero de 1978, pp. 73-80.

Otte: 1977

Otte, Enrique, *Las Perlas del Caribe: Nueva. Cádiz de Cubagua*. Fundación John Boulton, Caracas, 1977.

Pinto: 1966

Pinto C, Manuel, *Los primeros vecinos de Caracas*. Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, Caracas, 1966.

Rosal: 1982

Rosal, Miguel Ángel, "Artesanos de color en Buenos Aires, 1750-1810", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, XVII: 27, Buenos Aires, 1982, pp. 331-354.

Salas: 1970

Salas, Julio César, *Civilización y Barbarie*. Estudios Sociológicos Americanos (Tercera edición). Caracas, 1970.

Samayoa Guevara: 1961

Samayoa Guevara, Héctor Humberto, *Gremios Guatemalenses*. Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular. Guatemala, 1961.

Samayoa Guevara: 1962

Samayoa Guevara, Héctor Humberto, *Los Gremios de Artesanos en la ciudad de Guatemala*, Guatemala, 1962.

Suárez Jácome: 1978

Suárez Jácome, Cruz, "La ceremonia de la petición de lluvia en Zitlala", en *Antropología e Historia*, Época III, nº 22, México, 1978, pp. 3-13.

Testimonios: 1972

Testimonios sobre la formación para el trabajo. Ediciones del Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE), Caracas, 1972.

Vargas: 1965

Vargas, José María (fray), *Historia de la Cultura ecuatoriana*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1965.

Addenda a la bibliografía:

En el momento de revisar las pruebas de este trabajo he podido consultar la excelente obra del Dr. Eduardo Arcila Farías titulada *Fundamentos económicos del Imperio Español en América*, publicada en la "Colección Estudio" del Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. Imprenta Universitaria, 1985. Aunque no he podido incorporar a mi trabajo algunos importantes datos que allí aparecen, considero justo y conveniente mencionar la existencia de tan importante obra.